



NÚM. 66

CONCHITA BORDALBA

# FEAS ARTES

III

## PROCEDIMIENTO DE LOS PERDIGONES



### PERDIGONADA

#### PERSONAS

Un caballero.—Un paleta.—Un curda.—Transeuntes varios.—Guardias.

*La escena representa el extremo de un paseo. En primer término un banco de piedra.*

#### ESCENA I

*El paleta está sentado, mirando á la gente. El caballero le espía, escondido tras un árbol durante un buen rato. Hace un gesto muy significativo, como dirigiéndose á alguien que no se ve. Se sienta á su lado y saluda muy cortesmente. (Breve pausa).*

*Caballero.—Parece que hace mucho frío.*

*Paleta.—A mí también me lo da el corazón.*

*Cab.—Estamos frescos.*

*Pal.—Frescos estamos.*

*(Otra pausa).*

*Cab.—Por supuesto, usted no es de aquí.*

*Pal.—No, señor; soy de allá.*

*Cab.—¡Qué casualidad! Yo también.*

*Pal.—Pus los dos lo semos.*

*Cab.—Yo comercio aquí, en granos.*

*Pal.—Ya se ve... Tié usted la cara llena de ellos. Yo trato con bestias en Villamemos.*

*Cab.—Pues acepte usted mi amistad.*

*(Anímase la conversación, pero el ruido de los carruajes no permite continuar oyéndose).*

#### ESCENA II

*Dichos y el curda.*

*Aparece el curda cantando bajito y tambaleándose con cierta circunspección y alevosía. Luego tropieza con los que están sentados.*

MUCHO valor tienen los perdigones para los cazadores; pero mayor lo tienen para los taruguistas. Una buena perdigonada puede hacer que los primeros cobren unas cuantas aves. Un cartucho de perdigones hace que los segundos cobren una fuerte cantidad.

El tarugo constituye una de las ramas más floridas de las FEAS ARTES. A ella dedican sus iniciativas hombres de mundo, observadores perspicaces que leen en el rostro de cualquier cristiano como en las hojas de un libro claramente impreso. ¿Quién duda que para cultivar con fruto el arte del tarugo se necesita pesquis y caletre y saber distinguir? Por eso los taruguistas, que tienen ocasión de demostrar sus talentos diariamente en las metrópolis populosas de España, alcanzan cada vez éxitos más crecientes, merced á la nunca bien ponderada imbecilidad de los avarientos con quienes negocian y hacen razón social.

Generalmente los hábiles taruguistas no se ven expuestos á los peligros de sus colegas los atracadores y los enterradores. Son gente que podrían muy bien lucir sus facultades poderosas en los escenarios y cosechar aplausos y recoger coronas en ellos. Pero su afán por trabajar al aire libre, disponiendo de espacio ilimitado, védales aceptar el reducido marco que Talía ofrece á los actores. En vez de palmadas prefieren oír el ruido de las monedas y gústanles más que las coronas laureadas los billetes bancarios. ¿Qué quieren ustedes? De gustos nada hay escrito.

¿Habría cómico que se caracterice mejor que ellos, ni que raye á su altura en los papeles de señorito razonador y de beodo impaciente? No es posible.

Vamos á presenciar algunas escenas de lo más selecto de su repertorio, asistiendo á la representación del juguete comitímico.

*Curda.* — De la Habana llegué; te lo vengo á decir, y me traigo mil pesos en monedas de allí... ¡Ay! Dispensen

ustedes el tropezón.

*Los otros.* — No hay por qué.

*Curda.* — Acostumbrao al vapor... He desembarcao hoy. Vengo de América; del país del oro.

*Cab.* — Pues se conoce que el oro le pesa á usted, porque no anda muy seguro.

*Curda.* — ¡Quiá! No señor; el oro lo he dejao en la posá. Lo que me pesa es la plata. Por eso voy á cambiarla. ¿Quién ustedes decirme dónde hay una casa de cambio?

*Cab.* — Bastante lejos de aquí.

*Curda.* — Lo siento, hombre; porque ya no tengo ganas de andar. Mire usted qué duros... tan duros... ¡Qué pesos, eh! *(Saca un puñado de monedas).* Esos pa ustedes; se los regalo. Yo tengo muchos.

*Cab.* — *(Habla bajito procurando convencerle de que no exhiba así el vil metal, y le devuelve el regalo).* — Guárdese eso. *(Luego se dirige al paleta y le habla á media voz ó á una cuarta parte de ella, al oído. El curda no los oye).*

*Curda.* — Que yo no ando más, ¡ea! Al primero que quiera le cambio el dinero.

*Pal.* — *(Cuchicheando con el caballero, después de haber reflexionado un rato).* — No es mal negocio... Pero si no llevamos bastante encima..

*Cab.* — Yo llevo sesenta duros *(Enseña varios billetes que guarda en la cartera).*

*Pal.* — Yo cuarenta, en moneda.

*Cab.* — Verá usted, qué negocio tan rápido. *(Dirigiéndose al curda).* Nosotros, ya que se empeña, podemos cambiarle quinientas pesetas tan sólo.

*Curda.* — Algo es algo.

*Cab.* — Pero como el cambio está tan alto, ha de darnos usted mil; ni una menos.

*Curda.* — ¿Y qué? Pus las doy... y pata. Como si quién ustés más. *(Saca de los bolsillos cuatro cartuchos muy pesados; por cada uno de los extremos de*

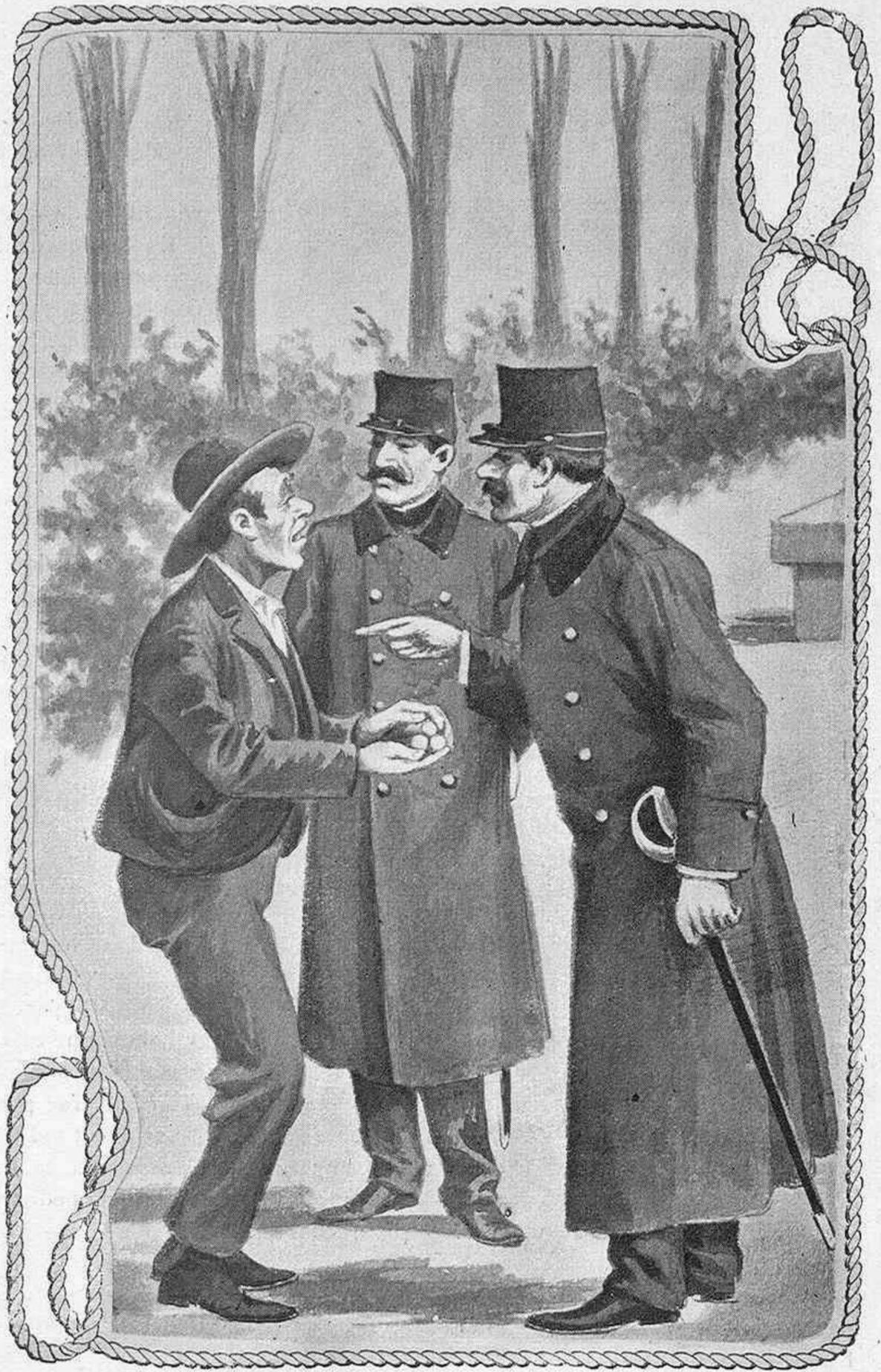
*ellos asoma la faz un peso americano. Ahí va eso. Cada cartucho contiene cincuenta duros, como puede verse. Venga el cambio. (El caballero le entrega el papel moneda; el paleta saca del seno la plata que ha dicho y la entrega también. El curda toma y guarda ambas cosas y se va, dejando olvidada la gorra en el banco. El caballero se apercibe; entrega al paleta los cartuchos, y sale tras el curda, diciéndole:)*

*Cab.* — ¡Pobre hombre! Se va á constipar... Guarde usted un momento este dinero; ahora vendré. Voy á entregarle la gorra. *(Sale corriendo).*

### ESCENA III

(El paleta y una pareja de guardias de orden público).

*Paleta.* — Hace más de media hora que se ha ido ese caballero y no vuelve... Voy á ver si le encuentro. Si no... to esto será para mí... *(Se levanta y echa á andar. Abre uno de los cartuchos y... lo halla lleno de perdigones. Comienza á temblar).* Este cartucho será de los que le corresponden á aquel señor. ¿A ver los



otros? *(Abre los nerviosamente. También hay perdigones en ellos. Aumenta progresivamente su temblor á medida que los abre).* ¡Me han engañao! ¡Ay de mí! ¡Socorro!

*Los guardias.* — *(Corriendo hacia él presurosos).* — ¡Qué es esu!

*Pal.* — ¡Perdigones!

*Guardias.* — ¿Lleva usted armas?

*Pal.* — No llevo nada... ¡Se me han llevao á mí lo que traía!

(Telón rápido).

JULIO VICTOR TOMEY

Ilustrado por T. GASCÓN.

## EL PECADO



RECOGIÓ Luisa, con los dedos, las mal sujetas madejas de sus cabellos castaños, ocultándolas bajo el pañuelo de seda anudado á la garganta, limpióse una lágrima que, escapándose de los ojos, iba á correr por las mejillas y envolviéndose en el mantón, que tuvo que quitar de la cama del enfermo donde hacía las veces de cubierta, se lanzó á la calle, deprisa, como temerosa de ser vencida en la resolución tomada.

En la obscuridad de la escalera sonaron besos y sollozos; besos calenturientos, rápidos, atropellados, con la sola respuesta del silencio. Salió á la calle y echó á andar rápidamente. Estaba decidida.

Hasta el último momento defendió la, para ella, sagrada reliquia. En el tremendo naufragio de su hogar, sin alegría y sin fuego, todo había desaparecido. Aquel calvario comenzó con la muerte de su padre, que llevóse, con el pan cotidiano, las alegrías del vivir modesto y honrado.

Luisa trabajó entonces para los suyos, con los entusiasmos de quien tiene una misión que cumplir. Con los ardores de la voluntad, siempre en vigilia, y con las ternuras de un corazón impulsado por el amor, quiso suplir las deficiencias de la labor femenina, ruinmente retribuida.

Por poco tiempo pareció que la Desdicha y el Dolor, compañeros inseparables de Luisa, cesaban de azotarla; pero fué para volver con nuevos bríos en busca de su favorita.

En aquella tarde de Diciembre, lluviosa y fría, los hados maléficos, en el refinamiento de su obra, habían llegado al último extremo.

Cuando salió á la calle, andando con paso rápido, pegada á la pared, para resguardarse de la lluvia fría y helada que caía, pensaba esto. Pensaba en que, apenas venida á la vida, sólo conocía de ella lo amargo.

Tan duro fué para con ella el Destino, que ni aún la

dejó satisfacerse amando á los suyos; todo lo que constituía el calor y el cariño de su pobre hogar, ahora en ruinas, se lo fué arrebatando, poco á poco, con persistencia implacable. Primero su padre, después su madre, más tarde la es-

casez de trabajo para sostener á los que quedaban, ahora su hermano que, presa de la fiebre, se moría allá arriba en la guardilla.

Arrebujada en el mantón, apretando nerviosamente con la mano, último resto del bienestar pasado, los pendientes de su madre, que ahora iban á servir para aliviar los últimos momentos del hermano moribundo, Luisa, en cuyo interior sostenían un intenso diálogo el corazón y los recuerdos, no se fijó en que desde que salió á la calle la seguían.

Al detenerse un momento para ceder la acera á un transeunte, vió al importuno. Sólo dijo en son de queja: —¡Señor, otra vez este hombre!

De aventajada estatura, de líneas varoniles y elegantes, de cutis blanquísimo que hacía resaltar más la negrura de los ojos, rasgados, y de la barba abundante y cuidada, no tenía ciertamente el galán las trazas de un conquistador vulgar de modistillas y domésticas.

Embozado en la capa, sosteniendo con la enguantada mano el paraguas con que pretendía librar á la muchacha de la lluvia que continuaba cayendo, siguieron ella y él. No hablaron una palabra.

En aquel asedio sin tregua, de largo tiempo nacido, oyó Luisa el ofrecimiento de una felicidad con la que soñó y nunca pudo conseguir. Y se lo habían dicho, no con el lenguaje del amador que alquila una manceba, sino con el rendimiento del enamorado que en trueque de un poco de amor está dispuesto á darlo todo, incluso el propio corazón. Con las primeras palabras que de aquel hombre llegaron á los oídos de Luisa, una oleada

de sangre le subió al rostro, algo amargo se le vino á los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas. La ira, el dolor, el desprecio de sí misma la dejaron inmóvil, sin fuerzas para la protesta, y tuvo que seguir oyendo las frases insinuantes, las súplicas, los juramentos de amor, que se le hacían en un lenguaje para ella desconocido, dulce, persuasivo, respetuoso, en el que el corazón parecía asomar á los labios. Después, sola la mujer, lloró mucho, lloró sin consuelo. Por primera vez en su vida comprendió que era estéril la lucha.

El mundo cree posibles las Magdalenas, lo que ni comprende ni aplaude es el sacrificio para redimirse de faltas no cometidas. Era estúpido empeñarse en levantar montañas, en una sociedad donde la mujer cae tropezando con granos de arena. Se encontró pequeña, miserable, ridícula y, por un momento, sintió vehementes deseos de proclamarlo á gritos en medio de la calle, de renegar de todo, de entregarse al primer transeunte que le saliera al paso.

¡En desdichado empeño había gastado los mejores años de su juventud!

Aquella crisis duró momentos; vino después la reacción, el culto á su cruz, el amor al cáliz amarguísimo que, gota á gota, iba saboreando con deleite.

Cuando aquella tarde encontró de nuevo al hombre, se sentía grande y fuerte. Tenía una misión en el mundo y la iba cumpliendo, decidida, sin volver la vista, animosa.

Llegaban á su oído, no frases de pasión ni de deseo, sino palabras de amor tiernas y respetuosas. Conocía el hombre toda la historia de su vida y glosaba sus efemérides con solicitud compasiva y dulce. No quería más que un poco de esperanza ahora, algo de cariño más tarde.

Haría cuanto fuera menester para conseguirlo. Daría pruebas de que su solicitud era sincera, de que su amor, lejos de ser bandera facciosa para encubrir una mercancía indigna, era la enseña de una pasión grande y profunda.

El amor dulce y sibilante de las palabras, penetraban en los oídos de Luisa y llegaban hasta su alma, refrescándola como lluvia acompasada y menuda en una tierra agostada y seca largo tiempo.

Su pensamiento, mientras tanto, volaba en otras regiones. Iba recorriendo todas las escenas de la triste y corta historia de su vida; aquella sucesión de horas iguales para el dolor. Sus padres muertos, el trabajo escaso, la miseria amenazante, el hermano que ahora se moría sobre el camastro de la guardilla, exigiendo, con injurias ó á golpes, el jornal ganado en las noches en vela, para dejarlo, con alardes de guapeza, en la taberna ó en la mancebía. Conocía todos los dolores, no había excusado ningún sacrificio. ¿Qué más se quería de ella?

Y continuaban sonando en sus oídos las palabras dulces, amorosas.

¿Por qué empeñarse en lo imposible? ¿Qué es lo que se proponía?

Lo que había hecho hasta entonces era meritorio, era hermoso, era grande; seguir del mismo modo sería condenarse, sin fruto, á la desgracia.

Luisa se detuvo. Aquellas palabras eran como el espejo de su pensamiento. Llenáronse de lágrimas sus ojos y asomó el alma á los labios. Hizo al hombre confidente de todas sus torturas, de sus ilusiones truncadas, de la dicha mil veces ambicionada y nunca conseguida. Había luchado mucho, pero la abandonaban las fuerzas y comenzaba á sentirse vencida. Hacíale falta la fe perdida, sentía necesidad de cariño, necesidad de amor. Quería creer á pesar de todo. Si también allí, en aquella última esperanza que le tendía los brazos, estaba el engaño, podía asegurar que la única verdad del mundo es la mentira.



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

EMILIO DUGÍ

## LA MÚSICA

De música alegre los sonos oyendo,  
conforme animado crecía el compás,  
sentí la tristeza mi sér invadiendo,  
recuerdos alegres el alma sintiendo  
de tiempos atrás.

Sus ojos azules, sus ojos de cielo  
el canto siguiendo con dulce avidez,  
á par me infundían delicia y consuelo;  
mas ¡ay! que harto presto pararon su vuelo,  
¡cegaron tal vez!

Sus ojos azules brillando veía,  
conforme animado crecía aquel son,  
creí que me hablaba, creí que la oía,  
creí de su labio que el eco traía  
la alegre canción.

En tiempos pasados los dos la escuchamos,  
su ritmo supimos los dos repetir,  
hoy la oigo yo solo, ya no la cantamos,  
y es triste, muy triste, si juntos no vamos  
sus notas á oír.

Recuerdos hermosos de noches de estío,  
cadencias hermosas de un himno de amor,  
hoy lánguidas llegan á un pecho más frío,  
más solo, más triste que un lecho vacío  
que guarda el dolor.

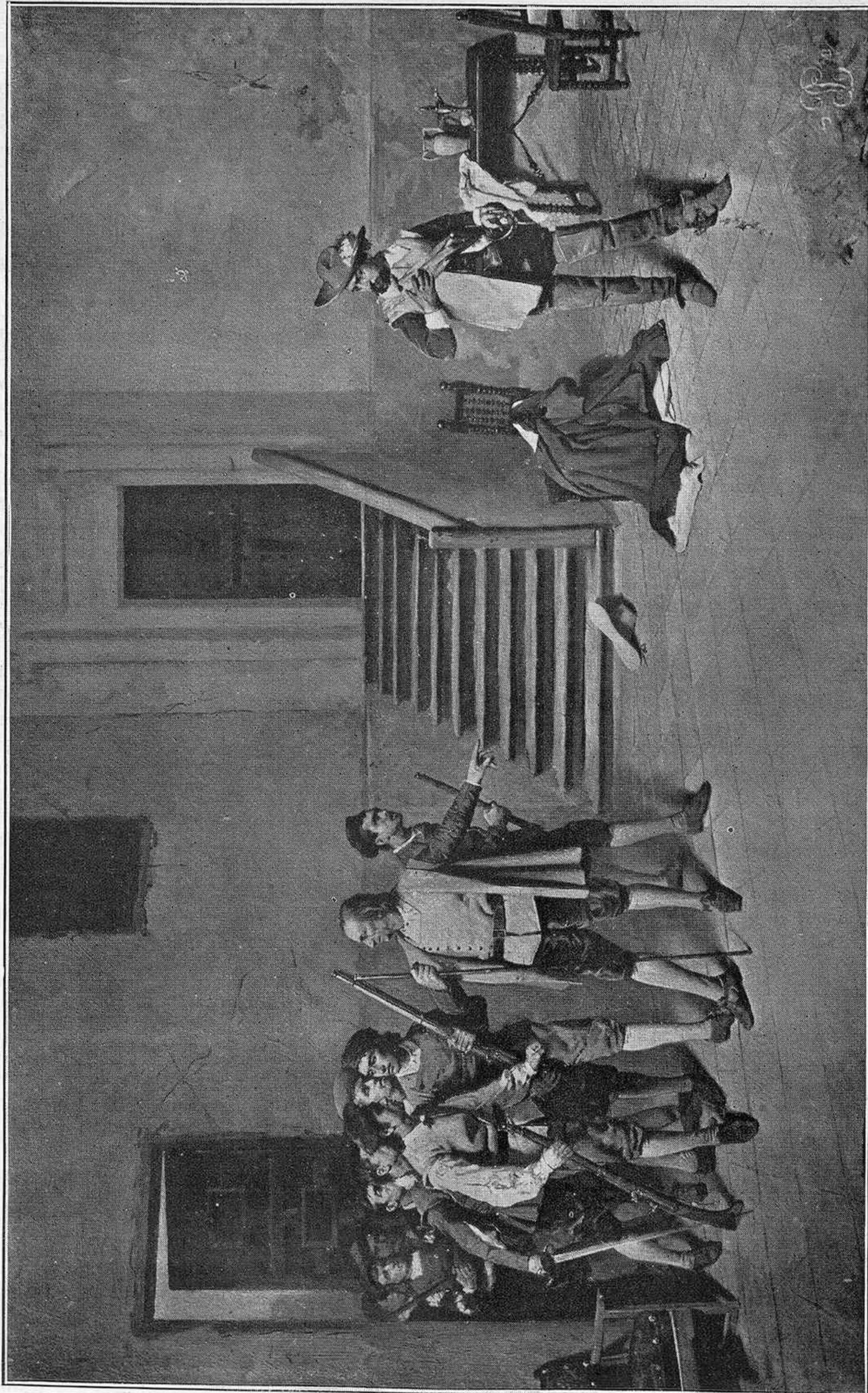
Si no es para el alma que goza en su acento,  
¡á qué su armonía, sus notas, su son?  
igual que en la selva silbidos del viento,  
tendrá la amargura de triste lamento  
ya alegre canción.

PEDRO DE RÉPIDE



Órta de A. M. BOSQUE.

E. ESTEVAN



EL ALCALDE DE ZALAMEA.



## LA ÚLTIMA PESETA



EN una de las más ricas ciudades del norte de España vivían tres hermanos que lograron hacer en América fabulosas fortunas.

A muchos millones de pesetas alcanzaba el capital de cada uno de ellos, y, á pesar de ser tan ricos, vivían los tres solteros, en una miserable casa, al cuidado de una pobre mujer á quien llamaban vulgarmente la criada de los indianos.

No tenían los tres más pariente que una hermana carnal, con la que se hallaban regañados porque se casó á disgusto de ellos, y aun cuando quedó viuda, llevaron su animosidad al extremo de no favorecerla ni siquiera escribirla; permitiendo que sufriese mil penalidades.

Al cabo de algún tiempo, murió en la miseria esta desgraciada, dejando en la orfandad y en el mayor desamparo á un niño de cuatro años.

Cuando los tres indianos tuvieron noticia de lo sucedido, sintieron nacer en su alma el remordimiento de su cruel conducta para con su hermana, y con objeto de reparar, en lo posible, su falta y de acallar su conciencia, acordaron ser los protectores de aquel niño y no casarse ninguno de los tres á fin de que les heredase cuando ellos muriesen, lo cual no podía dilatarse mucho porque ya eran bastante viejos y estaban muy achacosos á consecuencia de sus pasados trabajos.

Mandaron, pues, por el niño; le recibieron con grandes muestras de afecto y al poco tiempo era el sobrinito el encanto y el recreo de los tres indianos.

El niño, que se llamaba Amadeo, como el mayor de sus tíos, aun cuando estuvo á cargo de buenos preceptores no pudo vencer los perniciosos efectos del inconsiderado mimo de sus tíos, los cuales le daban gusto y le consentían de tal manera, que la pobre criatura se hizo voluntariosa y casquivana hasta el punto de ser intolerable.

Falleció el mayor de los indianos dejando su fortuna al hermano que le seguía, y después murió éste, legando sus riquezas al más joven, que acumuló en sus arcas tantos y tan grandes bienes que solía llamarle todo el mundo *el becerro de oro*.

Cuando éste fué viejo, llegó Amadeo á su mayor edad, pero el tío que, á pesar de ser archimillonario, era muy tacaño, comenzó á regatear al sobrino la

pensión que le tenía asignada y tasarle los gastos, diciéndole:

—Cuando yo muera serás amo de todo y harás entonces lo que mejor te plazca.

Por esta causa se hallaba el sobrino deseoso de que muriera su tío, con tales ansias y afanes, que llegó éste á percatarse de la codiciosa intención de su heredero. Despertóse entonces, entre ellos, una animosidad secreta y profunda, alimentada constantemente por las reyertas que sostenían y por las intrigas de la criada que veía en el sobrino el usurpador de lo que ella había soñado que podría heredar con el tiempo.

Sin embargo, el tío no se atrevió á romper el sagrado compromiso de dejar por heredero á su sobrino, porque el sentimiento más venerable de su alma se cifraba en respetar la voluntad de sus difuntos hermanos y aquel expreso pacto de familia; pero el odio que sentía hacia Amadeo, era tan grande que le instituyó su heredero á condición de que había de gastar, todos los años, la renta de tres millones de pesetas á que ascendía la de su fortuna, de suerte que, si el día 31 de Diciembre de cada año le sobraba un solo céntimo de los tres millones ó lo gastaba de más, había de pasar la herencia á manos de cierta comunidad religiosa.

Murió, por fin el tío, y recibió Amadeo los bienes que le estaban destinados sin penetrarse del terrible alcance y de la malignidad que encerraban las cláusulas del testamento de su tío.

Los albaceas testamentarios tenían derecho de inspección en las cuentas del rico heredero y éste no podía gastar un solo céntimo sin que justificara su empleo por medio de algún recibo ó documento autorizado, por lo cual el infeliz Amadeo vivía tan esclavo de esta insoportable contabilidad que no podía gozar á su sabor de su riqueza.

Además de esto, los albaceas recomendaban á sus agentes la más escrupulosa vigilancia y éstos se reemplazaban cada seis horas siguiendo sin cesar al desdichado Amadeo, que á cada paso renegaba de aquella fiscalización impertinente.

De todos los gastos de Amadeo sacaban los agentes de los albaceas minuciosas notas; le amenazaban todos los días con las tremendas sumas que aparecían en sus carteras y cuando se aproximaban los últimos

días del año, Amadeo se veía en la necesidad de calcular hasta el último céntimo lo que había de gastar diariamente.

Llegó, por fin, el 31 de Diciembre del primer año en que Amadeo fué dueño de su fortuna, y en uno de los espléndidos salones de su palacio comenzó á sumar, ante los albaceas, los gastos hechos durante los doce meses del año y á confrontar sus notas con las que tenían sus guardianes.

Después de largas horas de trabajo, resultó que había gastado en el año 2.999,999 pesetas, de suerte que le era preciso gastar una peseta antes de que dieran las doce de la noche, porque de lo contrario pasaba su fortuna á manos de sus enemigos.

Fué presuroso al arca de hierro donde guardaba sus caudales, y vió que, con efecto, la peseta se hallaba escondida en un rincón.

Sacó el reloj, cuya manecilla indicaba que aún podía disponer de ocho minutos y, seguido de los albaceas, se lanzó á la calle para emplear en seguida aquella pequeña cantidad.

Todas las puertas estaban cerradas. En las tiendas, cafés y tabernas de aquel barrio aristocrático la gente se recogía temprano.

Amadeo recorría las calles como un loco con la

peseta en la mano sin saber en que gastarla. Los albaceas iban tras él jadeantes para dar fe de lo que sucediera.

Llamó al fin á la puerta de una botica cuyo mancebo se despertó aturdido ante el incesante campañileo.

—¿Qué desea usted?

—Cualquier cosa; una peseta de pastillas, de jara-be, de arsénico... de lo que quieras.

El mancebo sospechando que se las había con un loco ó con un chusco, entornó de mal humor el ventanillo, diciendo:

—Vaya usted en horamala.. Estas son cosas muy serias para tomarlas á broma.

—Por Dios, deme usted una peseta de sea lo que fuere.

—No tengo esa medicina.

—Mañana te daré mil duros.

—Fuera de aquí, ¡borrachc!

En aquel momento sonó la primera campanada de las doce de la noche, y Amadeo cayó desmayado en brazos de los albaceas.

De este modo se realizó la venganza del difunto indiano.

RAFAEL TORROMÉ

Ilustrado por ARGEMÍ.



## LA CUNA VACÍA

Su manto de sombras la noche tendía,  
del niño se oía gemido tenaz;  
inmóvil velando su lenta agonía  
la madre bañaba con llanto su faz.

En vano á los cielos alzaba los ojos  
de lágrimas rojos la madre infeliz;  
en vano soñaba, postrada de hinojos,  
borrar de las sombras el negro matiz.

Envuelta entre nubes de grana y de oro  
de arcángeles coro del cielo bajó,

y al hijo del alma, su amor, su tesoro,  
perderse en las nubes la madre miró.

Bañaron los rayos del astro del día  
la estancia sombría, de un vidrio á través,  
y hallaron velando la cuna vacía  
la madre sin vida, postrada á sus pies.

Mas lejos del mundo, sin penas ni duelo,  
su dulce consuelo del niño halló en pos,  
y unidas sus almas por siempre en el cielo  
fundidas en una quedaron las dos.

CARLOS CANO

## LIBROS RECIBIDOS

*El Crepúsculo.* Un lujoso tomito, con la novela de este título, original de Jorge Ohnet y traducida por don Francisco Casanovas. Es la segunda de la «Colección Ambos Mundos» que publica la Casa Editorial artística española de B. Castellá. Al igual que la primera (*La Bohème*), ostenta una profusa y brillante ilustración en colores y negro, debida al reputado artista Gaspar Camps, que da á la obra, de sí muy económica, inapreciable valor.

\*\*\*

*Placeres viciosos.* Novela en un volumen del Conde León de Tolstoy, editada en las mismas condiciones que las demás que viene dando á la publicidad la laboriosa casa Maucci. Está acertadamente traducida por Augusto Riera.

*Gente de tablas.*—Es una novelita de género moderno, muy bien escrita por el distinguido literato M. Martínez Barrionuevo, en la que domina un gran espíritu de observación, dentro de un estilo fácil, castizo y en extremo agradable. El editor, que lo es el mismo autor, ha cuidado de presentarla, como todas sus obras, con elegancia y riqueza poco comunes. Creemos que hará fortuna... y lo merece.

\*\*\*

*Ana Karenine.*—Otra obra del fecundo y celebrado Conde León de Tolstoy, procedente también de la casa editorial Maucci. Consta de 2 tomos y ha sido vertida al castellano por don J. Santos Hervás.

Su lectura interesa, deleita é instruye á la par; por lo cual recomendamos al público su adquisición.



CALLE DE ARAGÓN.—OBRAS PARA UN APEADERO EN EL CRUCE CON EL PASEO DE GRACIA.

## PASATIEMPOS

### JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Letra R planta RA

RÓMULO VALLS.

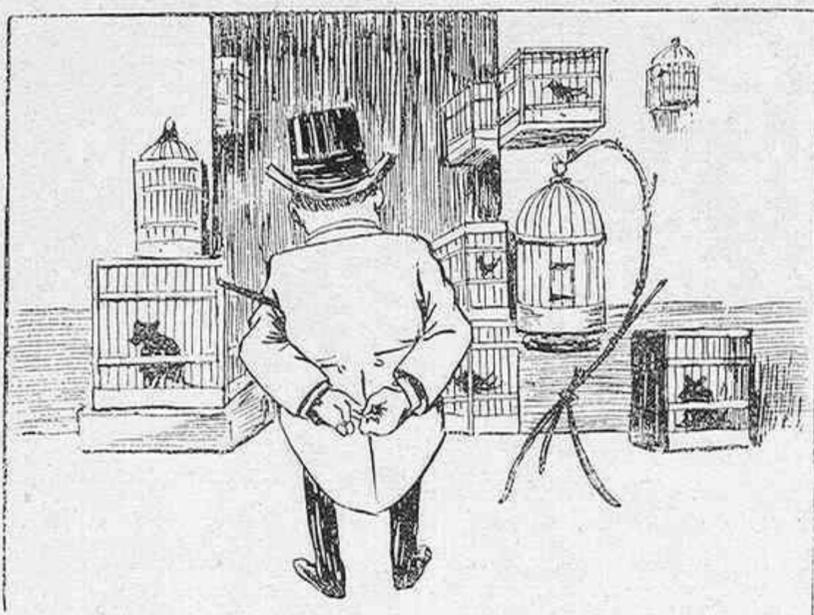
### CHARADAS ELÉCTRICAS

- 1.<sup>a</sup>—Distrae y corre.—Todo—Trabaja.
- 2.<sup>a</sup>—Niega y destina.—Todo—Distrae.
- 3.<sup>a</sup>—Perfuma y corre.—Todo—Ora.
- 4.<sup>a</sup>—Canta y juega.—Todo—Guerrea.

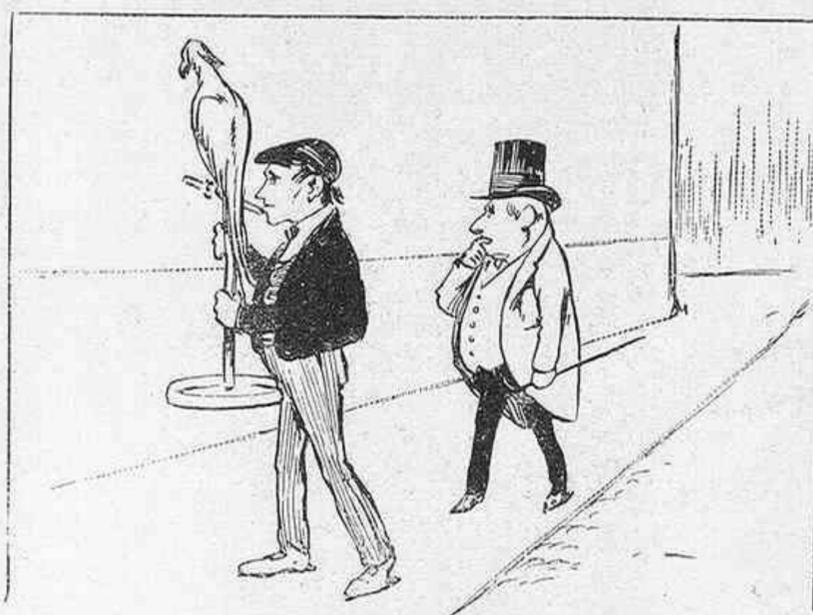
J. CAMPS.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO 64.

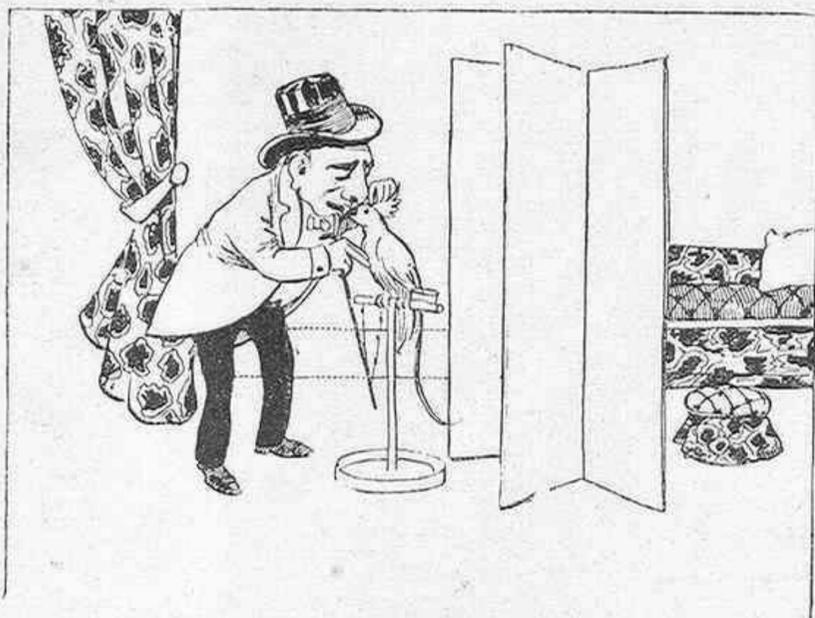
*Charada.*—Solventado.



1.—Voy á dar gusto á mi mujer, comprándole la cotorra que tanto desea. Con tal que no me engañen; porque la quiere que hable mucho.



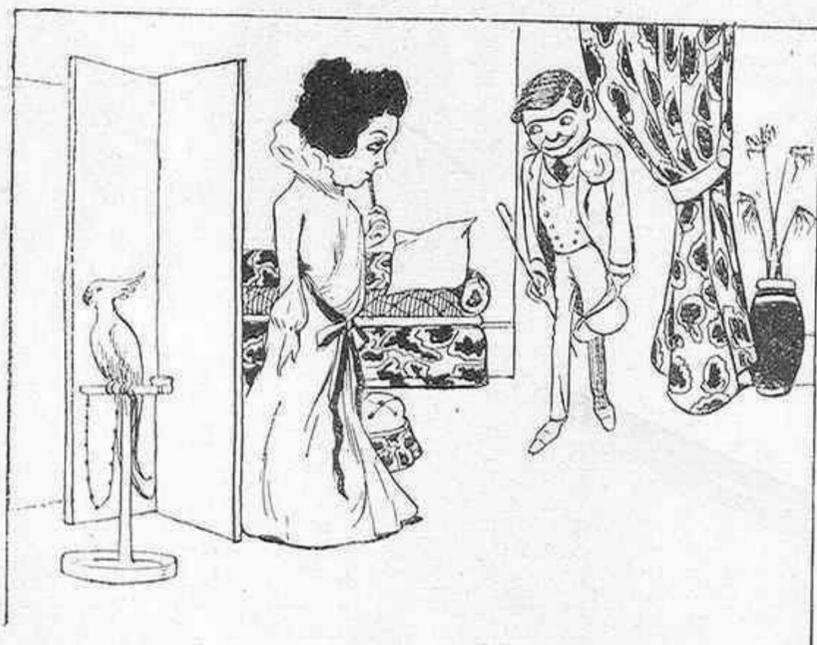
2.—Carita me cuesta; pero me ha asegurado el vendedor que me llevo una alhaja. ¡Allá veremos!



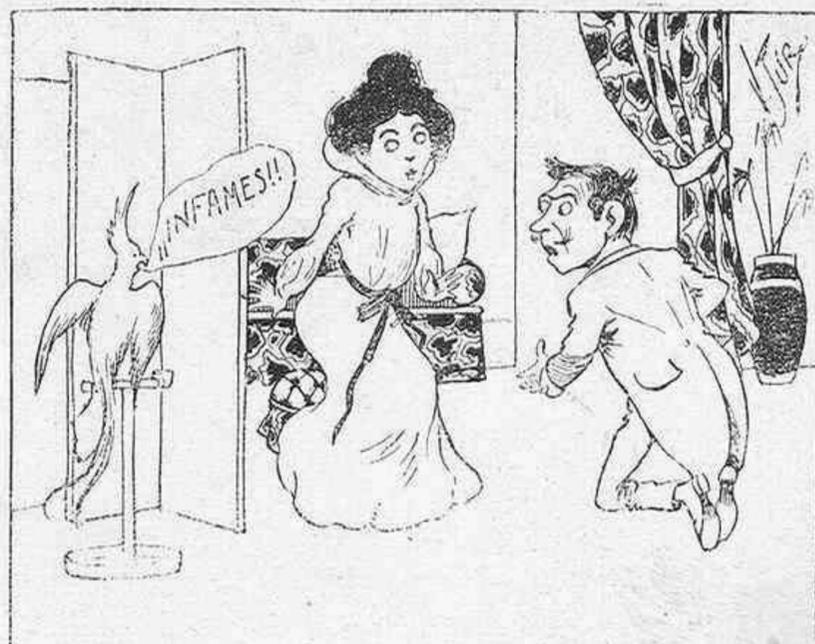
3.—Vaya; aquí te quedas, éste es tu puesto. A ver si hablas mucho, para hacerme quedar bien ante tu ama.



4.—Carlos estará impaciente, esperando la señal para subir. Ya se ve, mi marido ha tardado tanto en marcharse... ¡Pobrecito! ¡Qué mal rato habrá pasado!



5.—Aquí me tienes, ídolo mío; vengo en alas de mi amor buscando la luz de tus arrobadores ojos.  
—¡Ay, Serapió! No puedes figurarte el miedo que tengo.



6.—¡Si mi marido nos viera en este instante...!  
—¿Me amas mucho?  
—Más de lo que debo... pero no puedo remediarlo. Y la cotorra habló... habló... ¡vaya si habló!



Cartel publicado por la «Sociedad italiana de fósforos higiénicos».

SERIE 2.<sup>a</sup>

Torino (Carignano).

Núm. 5